

## EL CONCEPTO DE SUBSTANCIA EN LA FILOSOFIA DE J. P. SARTRE

Marta Jiménez V.

Entre los filósofos existencialistas, Jean Paul Sartre es el que de un modo más profundo y sistemático se ha ocupado de la filosofía del ser. En una forma rigurosa ha desarrollado su ontología del ser humano, para hacer después sus aplicaciones a los problemas del hombre, mediante análisis fenomenológicos que son tal vez lo mejor de su obra.

La filosofía de Sartre gira alrededor del problema del ser. Pero no se encuentra en ella nada que responda al concepto de substancia. Es más, el Autor critica fuertemente las doctrinas de Aristóteles y de Descartes sobre la substancia. Al hacerlo así, procede lógicamente, de acuerdo con los principios básicos de su filosofía. Analizaré ahora los distintos aspectos del concepto de substancia y las razones por las que ellos no pueden ser aceptados dentro de la filosofía sartreana.

### I LA SUBSTANCIA COMO LO QUE ESTA DEBAJO DE LOS FENOMENOS, O DE LOS ATRIBUTOS, ES DECIR, COMO LO PERMANENTE.

La idea de substancia se originó en el esfuerzo del hombre por encontrar algo estable, frente al contradictorio devenir. El *sub* de la palabra substancia indica un fundamento debajo de las cualidades cambiantes, y el *stare* se refiere a la permanencia de ese fundamento. Sartre rechaza la substancia. En *Crítica de la Razón Dialéctica*, pág. 86, afirma: "Hasta aquí sólo hemos visto dos clases de permanencias: una es la síntesis inerte de lo inorgánico, la otra es la integración biológica".

Sartre aplica continuamente la dialéctica hegeliana en sus análisis ontológicos. Por lo tanto, no puede aceptar la substancia como un fundamento permanente, sino más bien el proceso dialéctico de cambio, de transformación, de lucha entre condiciones contrarias, hasta llegar a la conciliación de ellas en una síntesis. En *Existencialismo y Humanismo*, pág. 57, afirma: "Estamos de acuerdo en este punto: que no hay naturaleza humana —dicho de otra manera, cada época se desarrolla siguiendo dialécticas— y los hombres dependen de la época y no de una naturaleza humana". No son la estabilidad ni la permanencia lo que puede satisfacer el pensamiento filosófico de Sartre, sino el continuo suceder de los acontecimientos, el fluír y el devenir de los fenómenos. En *El Hombre y las Cosas*, en el ensayo "Jean Giraudoux y la Filosofía de Aristóteles", dice: "He aquí, pues un mundo enteramente hecho y que no se hace. Es el mundo de Linneo, no el de Lamarck". "El señor Giraudoux ha desterrado de él todo lo que puede sorprender o extraviar: la evolución, el devenir, el desorden, la novedad. El hombre rodeado de pensamientos enteramente hechos, la razón de los árboles y las piedras, la razón de la luna y el agua, no tiene más preocupación que la de enumerar y contemplar".

La filosofía de Sartre tiene un doble aspecto: por una parte una ontología semejante a la de Parménides, rígida e inmóvil, mientras que por otro lado se hace

presente el devenir continuo de Heráclito, la alteración y el cambio incesantes. Sin embargo, es este segundo aspecto el que predomina.

El en-sí, el ser al estilo parmenídeo, es macizo, opaco, denso de sí mismo, por lo que "es lo que es". Además, es "...como una síntesis. Pero ésta es la más indisoluble de todas: la síntesis del sí consigo". (*L'être et le néant*, pág. 33). El en-sí no se puede alterar, escapa a lo temporal. No es posible ni imposible, sino que es. "El ser es. El ser es en-sí. El ser es lo que él es". (*L'être et le néant*, pág. 34).

Pero la negación llega al ser en sí; sin ser propia de él, se hace presente por la realidad humana. Pero como el ser-en-sí no posee ninguna relación, puesto que es sólo identidad, la presencia a sí de la realidad humana es debida a una degradación del en-sí, que ya no es coincidencia sino separación. "El para-sí es el ser que se determina él mismo a existir en tanto que él no puede coincidir con él mismo". (*L'être et le néant*, pág. 121). El para-sí está, pues, afectado de una inconsistencia de ser. Se ha producido una grieta en el ser-en-sí y ha surgido en él la nada como presencia a sí, como conciencia, como "para-sí". La conciencia es pura existencia, pura presencia, no es ser, no posee ningún contenido, ya que ella se convierte en lo otro en el acto fundamental del conocimiento; es más bien la descompresión del ser, una grieta en el ser. Ese acontecimiento que viene al ser-en-sí, esta nadificación del ser, al originar el para-sí, origina también la movilidad, el cambio, la transformación, elementos que predominan en la filosofía de Sartre.

Puede observarse en esta introducción de la nada en el ser, un proceso dialéctico: en el ser-en-sí, rígido, inmutable (tesis) se ha introducido su contrario, la nada (antítesis) y ha hecho surgir el para-sí, como una síntesis que continuará su evolución y repetirá indefinidamente el proceso dialéctico. Pero este cambio, introducido en el ser mismo, es contrario a la idea de substancia como permanencia en el ser. La substancia es el soporte estable de las cualidades y de los fenómenos; son éstos lo variable, lo que cambia continuamente mientras el fundamento permanece sin alteración. En cambio, en la filosofía sartreana en el fondo mismo del ser-en-sí, se produce un desgarramiento del ser, y el ser idéntico a sí mismo deja de serlo, al introducirse en él la nada. El cambio, la alteración llegan hasta el fondo del ser-en-sí, siendo, como se ha dicho anteriormente, el elemento predominante de la filosofía sartreana.

Tampoco puede haber el concepto de la substancia como fundamento, dentro del pensar filosófico de Sartre. El fundamento es lo primero, abarca todos los principios particulares del ser y es la fuente del conocer y de las actuaciones. En cambio para Sartre, el en-sí no tiene el poder de fundar; el fundamento aparece con el para-sí, el cual no sólo se funda a sí mismo, sino que también funda el mundo. Al perderse el en-sí por el acto nadificador, al disiparse, surge, pues, el para-sí como conciencia y como fundamento. El ser-en-sí no puede ser su propio fundamento; el ser para-sí es su propio fundamento y por lo tanto fundamento de su nada.

Para Descartes, la substancia pensante es en-sí en toda su integridad, mientras que los atributos vienen a ser el para-sí. Sartre no acepta este planteamiento, lo considera como "la ilusión substancialista" de Descartes. Veamos esta posición contraria de Sartre en *L'être et le néant*, pág. 127: "Para nosotros, al contrario, la aparición del para-sí, o acontecimiento absoluto, remite propiamente al esfuerzo del en-sí para fundarse; corresponde a un intento del ser para elevar la contingencia de su ser; pero este intento viene a parar en la nadificación del en-sí, porque el en-sí no se puede fundar sin introducir el sí, o retorno reflexivo y nadificante en la identidad absoluta de su ser, y por consiguiente, sin degradarse en para-sí. El para-sí corresponde por lo tanto, a una de-estructuración descompresiva del en-sí, y el en-sí se nadifica y se absorbe en su intento de fundarse. El no es, por lo tanto, una substancia en la que el para-sí sea el atributo y que produzca el pensamiento sin agotarse en esta misma producción".

Pero surge aquí una objeción fundamental: ¿cómo puede el ser para-sí, siendo la nada, constituirse en fundamento? Esta función de fundamentar ha de corresponder al ser-en-sí, al ser como tal, y no a la nada. La filosofía de Sartre, por influencia de

se oculta mientras se puede, como una tara familiar, y el presente de los arquetipos, que es eternidad". "Pero si hemos trocado el determinismo del psicólogo por la necesidad lógica de las esencias, parece que no hemos ganado mucho en el cambio".

La substancia en los cuerpos es la unión de forma y materia; estos dos componentes constituyen una unidad natural. La forma humana o espíritu posee la máxima energía y hace que el ser alcance su realidad plena. Tampoco acepta Sartre la substancia en este otro aspecto. En *El Ser y las Cosas*, en el ensayo "Jean Giraudoux y la Filosofía de Aristóteles", se hallan estas citas: "Pero no hemos elegido lo que somos; estamos poseídos por una forma y nada podemos contra ella".

"Realidad finita y definida, el hombre no es un efecto del mundo, un contra-golpe de ciegas series causales; es hombre, o marido polítécnico, o muchacho nacido para sufrir de amor, como el círculo es círculo y, por esta razón, está en el origen de los comienzos primeros; sus actos no emanan sino de él mismo. ¿Es esto la libertad? Es por lo menos cierto género de libertad. Parece, además, que el señor Giraudoux confiere otra a sus criaturas: el hombre realiza espontáneamente su esencia. Para el mineral, para el vegetal, la obediencia es automática; el hombre se ajusta voluntariamente a su arquetipo, se elige perpetuamente tal como es. Es cierto que se trata de una libertad de sentido único, pues si la forma no es realizada por él, se realizará por medio de él y sin él. Poca distancia separa a esta libertad de la necesidad absoluta. La diferencia no es grande: en un caso la forma se realiza por medio de nuestra voluntad; en el otro se extiende como por sí sola por medio de nuestro cuerpo".

"... para el señor Giraudoux la libertad del hombre reside menos en la contingencia de su devenir que en la realización exacta de su esencia".

Dentro de su filosofía existencialista, a la esencia o forma opone Sartre la facticidad del para-sí. "El para-sí es bajo el aspecto de suceso", "en tanto que él aparece en una condición que no ha escogido", "en tanto que es lanzado en un mundo, abandonado en una situación; él es en tanto que es pura contingencia". (*L'être et le néant*, pág. 122).

Nuevamente aparece el heraclitismo de Sartre en el para-sí sostenido por la contingencia que lo enlaza con el en-sí y que lo impulsa sin poderla suprimir; es también lo que Sartre ha llamado la "facticidad del para-sí". La verdadera esencia en la filosofía de Sartre es una libertad, una aceptación libre de la facticidad, de la situación de hecho en que se encuentra cada hombre; al aceptarla el para-sí confiere sentido y fundamento a su situación. La angustia hace al para-sí consciente de su facticidad, de su pura nada; pero al aceptarla y al reconstruirla libremente con el proyecto, que se identifica con el para-sí, éste se constituye como su fundamento, dándose a sí mismo el ser que debe alcanzar, la esencia que le corresponde. Así el hombre se capta a la vez como injustificable en cuanto a su facticidad y como responsable de su ser por ser su fundamento.

#### IV LA SUBSTANCIA COMO UN CENTRO O UN SUJETO SIEMPRE IDENTICO, DEL CUAL PROCEDEN LOS ACTOS.

Lógicamente la substancia ha sido considerada desde Aristóteles como el sujeto de predicación; hay también un sentimiento que hace que el hombre se capte a sí mismo como el sujeto último. Ontológicamente, la substancia será una unidad de los caracteres, que constituye todo lo que puede ser objeto de un juicio y que corresponde al concepto lógico del sujeto.

Si en su obra *L'être et le néant*, Sartre se refiere al sujeto, no entra en ese concepto lógico ninguna referencia a la substancia. Mucho menos podrá considerar a la substancia como el conjunto de los caracteres, que puede ser objeto de un juicio, ya que ese conjunto de caracteres no se presenta como constitutivo del ser-en-sí, indiferenciado, macizo, idéntico a sí mismo y del cual sólo se puede afirmar que es lo

que es. Tampoco podrá encontrarse ese conjunto de caracteres en el ser para-sí, que es lo que no es en cuanto a su nada, y que no es lo que es en cuanto a que se halla en un proceso para obtener lo que todavía no ha alcanzado, pero que es lo que él es.

Para Sartre, la realidad humana como existente no es un sujeto siempre idéntico del cual proceden los actos, sino que es una síntesis que surge de lo ausente, que sería la plenitud de ser y de lo carente de ser que es la nada. El pensamiento se dirige constantemente hacia aquello de lo cual carece, pues el para-sí es fundamento sólo de su nada, y está obsesionado por el ser particular que sería fundamento de su ser. Sartre se refiere al hecho de que Descartes vio ya el origen de la trascendencia en ese sobrepasarse o excederse del hombre hacia aquella realidad de la que él carece. Pero en la segunda prueba cartesiana, el ser imperfecto va más allá de sí hacia Dios, como fundamento perfecto de su ser. En cambio, en la filosofía de Sartre, la realidad humana "se capta como siendo en tanto que no es, en presencia de la totalidad singular de que ella carece, y que ella es bajo la forma de no ser, y que es lo que ella es. La realidad humana es un excederse perpetuamente hacia una coincidencia consigo que no le es dada jamás. Si el pensamiento tiende hacia el ser, es porque por su surgimiento mismo él se sobrepasa hacia el ser, calificándose a sí como el ser a quien le falta la coincidencia consigo para ser lo que él es". (*L'être et le néant*, pág. 132-133).

Ese ser que obsesiona al para-sí sin poder alcanzarlo, sería la síntesis del para-sí y del en-sí, la cual es imposible pues coincidiría con el aniquilamiento de la conciencia. Ese ser anhelado es el sí, que sería su propio fundamento en cuanto coincidencia perfecta, sin desgarramientos del ser-en-sí; al mismo tiempo conservaría el retorno hacia sí, sin el cual no hay fundamento ni nada necesario, pero sería un retorno sin distancia, como identidad consigo y no como la presencia del para-sí. Pero los caracteres del en-sí y del para-sí son incompatibles entre sí y la totalidad del ser no puede ser alcanzada. Por lo tanto, la realidad humana es fracaso y no podrá salir nunca de su estado infeliz, ya que nunca alcanzará la totalidad que le obsesiona y que es bella. Siempre será inmanencia total, a la vez que trascendencia hacia la verdad, hacia la belleza o hacia la bondad. Siempre sufrirá por la pobreza que aqueja a la realidad humana y por su fracaso en identificarse con el para-sí ausente que es; nunca logrará la unidad del sí, a pesar de proyectarse continuamente hacia lo que la eleva, hacia los valores y hacia sus propias posibilidades.

La carencia de que sufre el para-sí se manifiesta como una sed nunca satisfecha. La realización de las posibilidades propias irá acompañada de un surgimiento de nuevos horizontes de posibilidades, y el para-sí no podrá eliminar jamás la decepción que surge con la saciedad, ya que la coincidencia con el sí se desvanecerá siempre.

Por ser fundada en la nada del para-sí, la filosofía de Sartre termina en el fracaso, en la decepción del existente. No es la inmanencia la que fundamenta al hombre, sino la trascendencia hacia el Ser perfecto de Descartes, hacia el que es la plenitud del Ser. Ese anhelo siempre insatisfecho del hombre no podrá ser colmado en sí mismo. Su excederse, su sobrepasarse ontológico va dirigido hacia afuera; sólo podrá satisfacerlo cuando se entregue con generosidad y con amor a aquel Ser perfecto que le ha concedido la existencia y hacia el cual tiende todo su ser finito.